

Prof. Hugo Galera Davidson (1938-2020): un estilo elegante y responsable de ser patólogo en España

A pesar de la tristeza que deja la marcha de un gran amigo, siento la necesidad de definir lo que ha sido para mí Hugo Galera Davidson.

Ambos nacimos en Santa Cruz de Tenerife, en la España atlántica, y nuestras familias se conocían desde hacía tiempo; sin embargo, como fuimos a colegios distintos y, por la diferencia de edad, no tuvimos mucha relación.

No fue hasta 1963 cuando coincidimos en Madrid, en el Instituto Cajal de la calle Velázquez, aunque estábamos en laboratorios distintos y, en cierto modo, antagónicos: Hugo preparaba la tesis doctoral con el Dr. Vicente Jabonero, médico militar, de carácter fuerte y “reticularista” convencido; yo, en cambio, era estudiante de 2º de medicina y asistía al laboratorio del Dr. A. Pedro Rodríguez-Pérez, el último discípulo de Ramón y Cajal, que había regresado de su exilio colombiano. Recuerdo que Hugo no compartía en absoluto las anacrónicas teorías de Camilo Golgi y se las tomaba con bastante humor. El Instituto Cajal estaba dirigido entonces por miembros del Opus Dei que, disimuladamente, colocaban sus misales bien abiertos en los salpicaderos de sus coches para demostrar así su devoción; misales que Hugo cerraba uno a uno sin que se diesen cuenta, y luego nos lo contaba muerto de risa. Don Fernando de Castro operaba sus “glomus carotídeos” de gato a altas horas de la noche y alguna vez asistimos juntos a la operación que era todo un espectáculo. “Galera, así no se cogen las ratas” le decía con retranca don Miguel Calvo cuando Hugo intentaba cogerla por el rabo y la rata se le revolvió.

Mientras estudiaba en Madrid, Hugo fue compañero de colegio mayor de algunos protagonistas de la “transición”. Más tarde marchó a Salamanca para trabajar con el Prof. Luis Zamorano, enseñar en su distinguida escuela y preparar oposiciones a cátedra; es decir, el camino habitual de entonces. Sin embargo, Hugo prefirió desde un principio el modelo de Patología inglés y norteamericano al modelo alemán que había prevalecido en España hasta aquel momento. Por ello pasó temporadas en Londres trabajando en patología endocrina con el Prof. Israel Doniach del Royal London Hospital y también en Boston, donde estableció una gran amistad con el Dr. Stanley Robbins del Instituto Mallory. En la España de los 60, ni Hugo ni su mentor, el Prof. Zamorano, gozaban del apoyo de las escuelas dominantes de Histología y Anatomía Patológica de las que procedían los miembros de los tribunales de las oposiciones mediante “sorteo” y, por ello, Hugo tuvo que hacer “cola” hasta que, al tercer intento, obtuvo una plaza de profesor agregado en la Universidad de Granada, donde coincidió con el Prof. Juan Manuel Ortíz-Picón, una figura clásica y divertida de la Escuela Histológica española de los años 50. De Granada pasó a La Laguna y desde allí, en 1974, a Sevilla, su ciudad de adopción a la que adoraba y donde con los años adquiriría un grande y merecido protagonismo profesional y social.

Mi amistad con Hugo se hizo más estrecha a partir del congreso de la SEAP de 1987 que celebramos en Barcelona. Él como presidente y yo como vice nos propusimos modernizar la SEAP. Cambiamos el modelo de congresos bianuales imitando a los de la IAP (hoy USCAP) y organizamos los primeros clubs de especialidades. Aunque su presidencia del Betis (1989-1992) se metió por en medio y la renovación de su Hospital Infanta Luisa de Triana se encontraba en pleno apogeo, la capacidad de

trabajo de Hugo era tal que podía atender con dignidad y competencia muchos frentes a la vez, y siempre de buen humor. Siempre tuvo mucha curiosidad científica y, al microscopio, gran habilidad diagnóstica, esa cualidad con la que “se nace” o no. Idea de Hugo fueron los “Cursos de Patología Oncológica” anuales que celebramos alternativamente en Sevilla y Barcelona desde 1994 a 2013 con la participación de numerosos expertos de la Patología mundial. El libro de resúmenes, las cajas con 100 o más preparaciones histológicas y las presentaciones vertiginosas de 5-10 minutos con objeto de revisar el mayor número posible de tumores de todos los órganos sin que nadie se durmiese, eran los rasgos principales en los que insistía una y otra vez.

Una anécdota sirve para describir la rapidez intelectual de Hugo, capaz de cazar al vuelo el comentario irónico más oportuno y hacerlo de buen humor y sin zaherir. En un congreso de la SEAP, al comienzo del Curso Largo de Lesiones Precancerosas, el 1º conferenciante dijo: “mi padre era dermatólogo y siempre me interesaron las lesiones cutáneas”. Acto seguido, el 2º conferenciante comenzó otra vez diciendo: “mi padre era ORL y siempre me interesaron las lesiones de la laringe”. Hugo, que era el 3º conferenciante, no lo dudó un segundo y dijo: “mi padre no era gastroenterólogo; ni siquiera era médico,... pero le gustaba mucho comer, y les voy a hablar de las lesiones del tubo digestivo”. Aún oigo la ovación de la sala.

Una de nuestras prioridades en la SEAP, mediante sus congresos y reuniones, fue dar a conocer a la sociedad civil el importante papel del patólogo hospitalario; en otras palabras, promocionar la imagen mediática del patólogo. Mientras que los patólogos anglosajones han sido principales protagonistas de la medicina hospitalaria desde los años 50, en España continuamos siendo ninguneados por los gerentes de los hospitales elegidos por los políticos de turno. Su control absoluto del presupuesto unido a su falta de preparación científica hace que concedan mayor importancia a los servicios que más gastan y sólo se acuerden de nosotros cuando ocurre algún desastre o cuando algún político o personaje famoso se pone enfermo. Esto se repite en nuestro país: las instituciones, incluso las centenarias, están en manos de personas que no cualifican para dirigir las porque carecen de méritos académicos genuinos y de los conocimientos necesarios.

¿Pero cómo era Hugo Galera?

Hugo era el amigo que siempre te aconsejaba bien y nunca te fallaba. Era una persona honesta, generosa y responsable. Además, si venía al caso, era capaz de reírse espontáneamente de sus propios fallos.

La imagen de Hugo quedaría incompleta sin su familia: su mujer M^a Rosa y sus hijos, Hugo, Rosa, Paco, Diego y María, hijos políticos y nietos; un equipo formidable y, sin duda, el motor principal de su vida.

Con el Profesor Hugo Galera Davidson se va una personalidad carismática, elegante y responsable de la Patología española. Nos deja un gran vacío. He perdido a un gran amigo.

Jaime de Prat Díaz de Losada
Prof. Emérito, Universitat Autònoma de Barcelona
Barcelona, España

Jpratdl@gmail.com



Traspaso de Presidencia en el Congreso de Tenerife - 1993